

Otro tanto se le podría decir á él en el punto de la oracion por los difuntos, y en los demás, porque en todos es constante, y él mismo lo confiesa muchas veces, que tiene á los Padres contra sí. Pero sin entrar en esta disputa particular, me basta haber observado que nuestros reformados se ven obligados por la fuerza de la verdad á respetar el sentir de los Padres mas que lo que permite su intencion y su doctrina.

LXXXV. — *Si Calvino ha variado en doctrina.*

Los que han visto las infinitas variaciones de Lutero, preguntarán acaso si Calvino cayó en la misma falta. Á lo que responderé, que aunque Calvino era mas consecuente, es cierto por otra parte que escribió mucho tiempo despues de haber empezado la pseudo-reforma: de modo que estando ya muy agitados los puntos de discusion, y teniendo los doctores mas tiempo para meditarlos, la doctrina de Calvino parecia mas uniforme que la de Lutero. Pero veremos mas adelante, que por una política comun á los jefes de las nuevas sectas que procuraban establecer, ó por la necesidad comun de todos los que caen en el error, Calvino no dejó de variar mucho, no solo en sus escritos particulares, sino tambien en las actas públicas que extendió en nombre de todos los suyos, ó que él les inspiró.

Y aun, sin ir mas léjos, considerando solamente lo que hemos referido de su doctrina, vemos que está llena de contradicciones; que no sigue sus principios, y que con sonoras palabras no dice nada.

LXXXVI. — *Variaciones en las actas de los Calvinistas: acuerdo de Ginebra comparado con el catecismo y la profesion de fe de Francia.*

(1554). Y por poco que reflexionemos sobre las actas que redactó, ó que los Calvinistas publicaron con su aprobacion en cinco ó seis años, no podrán lavarse ni él ni todos ellos de la mancha de haber explicado su fe con un disimulo criminal.

Hemos visto que en el año de 1554 se formó un acuerdo solemne entre los de Ginebra y los de Zurich: Calvino fue el que lo extendió, y en él se explicaba la fe de las dos iglesias<sup>1</sup>.

Sobre la Cena no se dice en él otra cosa, sino «que las palabras, «*Este es mi cuerpo*, no deben tomarse precisamente á la letra, sino

<sup>1</sup> Opusc. Calv. 732; Hosp. an. 1554.

«figuradamente, de modo que el nombre de cuerpo y de sangre se «de por metonimia al pan y al vino que los significan; y que si Je- «sucristo nos alimenta con la vianda de su cuerpo, y con la bebida «de su sangre, esto se hace por la fe, y por la virtud del Espíritu «Santo, sin ninguna transfusion ni mezcla alguna de sustancia, sino «porque nosotros tenemos la vida por su cuerpo una vez inmolado, «y por su sangre una vez derramada por nosotros<sup>1</sup>.»

Si nada se habla en este acuerdo ni de la propia sustancia del cuerpo y de la sangre recibidos en la Cena, ni de las maravillas incomprendibles de este Sacramento, ni de otras cosas semejantes que hemos notado en el catecismo y en la confesion de fe de los calvinistas de Francia, la razon no es difícil de adivinar. Es, segun lo hemos visto ya, que los suizos, y sobre todo los de Zurich, instruidos por Zuinglio, nunca habian querido reconocer ningun milagro en la Cena, y contentos con la presencia virtual, no sabian lo que queria decir esa comunicacion de propia sustancia que Calvino y los Calvinistas ensalzaban tanto; de suerte que para convenirse fue necesario suprimir estas cosas, y presentar á los suizos una profesion de fe con que pudiesen acomodarse.

LXXXVII. — *Tercera confesion de fe enviada á la Alemania.*

(1557). Á estas dos confesiones de fe extendidas por Calvino, una de las cuales era para la Francia, y la otra se compuso para acomodarse con los suizos, se añadió otra, viviendo todavía Calvino, en favor de los protestantes de Alemania.

Beza y Farel, como diputados de las iglesias reformadas de Francia y de la de Ginebra, la llevaron el año de 1557 á Vormes, donde estaban reunidos los Príncipes y los Estados de la confesion de Ausburgo. Se deseaba empeñarlos á que intercediesen por los Calvinistas con Enrique II, que á ejemplo de su padre Francisco I nada omitia para abatirlos. Jamás se olvidaron en esta confesion de fe los términos de propia sustancia, como se omitian con gusto cuando se trataba con los suizos; pero se añadian en ella otras muchas cosas: y yo por mí no sé cómo se puede conciliar esta confesion con la doctrina del sentido figurado. Porque se dice en ella, «que se reciben «en la Cena, no solamente los beneficios de Jesucristo, sino su misma «sustancia y su propia carne: que no se propone el cuerpo del Hijo

<sup>1</sup> Art. 22, 23.

«de Dios en el Sacramento, solamente en figura y por significacion, «simbólicamente ó típicamente, como un recuerdo de Jesucristo ausente, sino que está allí verdaderamente y ciertamente presente con los símbolos, los cuales no son unos simples signos.» «Y si añadimos, decian, que el modo con que se nos da este cuerpo es simbólico y sacramental, no es porque sea solamente figurativo, sino porque bajo la especie de cosas visibles, nos ofrece Dios, nos da y nos pone presente con los símbolos lo que estos significan: lo cual decimos, para que se vea que conservamos en la Cena la presencia del propio cuerpo y de la propia sangre de Jesucristo, y que si resta alguna disputa, es solamente sobre el modo <sup>1</sup>»

Hasta ahora no habíamos oído decir á los Calvinistas que se debía mirar la Cena como un recuerdo de Jesucristo ausente: tampoco les habíamos oído decir, que para darnos, no sus beneficios, sino su misma sustancia y su propia carne, nos la hacia verdaderamente presente bajo las especies; ni que se debiese reconocer en la Cena una presencia del propio cuerpo y de la propia sangre; y si no supiéramos los equívocos de los Sacramentarios, no podríamos menos de tenerlos por unos defensores tan celosos de la presencia real, como los Luteranos. Oyéndolos á ellos, se podía dudar si queda alguna disputa entre la doctrina luterana y la suya: «si queda todavía, dicen, alguna disputa, no es sobre la cosa misma, sino sobre el modo de la presencia:» de suerte que la presencia que ellos reconocen en la Cena debe ser en el fondo tan real y tan sustancial como la que reconocen los Luteranos.

Y en efecto, posteriormente, cuando tratan del modo de la presencia, no recusan en este modo sino lo que recusan los Luteranos: desechan el modo de unirse á nosotros natural ó local; y nadie dice que Jesucristo se une á nosotros del modo ordinario y natural, ni que esté en el Sacramento y en los fieles como los cuerpos están en su lugar: porque está allí indudablemente de una manera mas alta. No admiten la difusion de la naturaleza humana de Jesucristo, es decir, la ubicuidad, que tampoco admitian algunos luteranos, y que todavía no habia llegado á prevalecer. Rechazan una grosera mezcla de la sustancia de Jesucristo con la nuestra, que nadie admitia, porque no hay cosa menos grosera, ni mas distante de las mezclas vulgares que la union del cuerpo de Nuestro Señor con los nuestros, reconocida por los Luteranos lo mismo que por los Católicos. Pero lo

<sup>1</sup> Hosp. ad. an. 1557, f. 252.

que ellos desechan mas que todas esas cosas es esa grosera y diabólica transustanciacion, sin decir una palabra de la consustanciacion luterana, que, como veremos, no la reputaban en su corazon por menos diabólica ni por menos carnal. Pero convenia no tocar este punto, por no chocar con los Luteranos, cuyo auxilio imploraban los Calvinistas. Y en fin, conclúyese en pocas palabras diciendo que la presencia que admiten se verifica de un modo espiritual, que está apoyado en la virtud incomprendible del Espíritu Santo: palabras que empleaban tambien los Luteranos lo mismo que los Católicos, para excluir con la presencia en figura la presencia tambien virtual, que no tiene nada de milagrosa ni de incomprendible.

LXXXVIII. — Otra confesion de los que estaban presos en Francia, para enviarla á los Protestantes.

Tal fue la profesion de fe que los calvinistas de Francia enviaron á los protestantes de Alemania. Los que estaban presos en Francia por causas de religion agregaron su declaracion particular, en que recibian expresamente la confesion de Ausburgo con todos sus artículos, excepto el de la Eucaristía; añadiendo sin embargo, lo que no era menos expresivo que la confesion de Ausburgo, que la Cena no es un signo de Jesucristo ausente; y volviéndose en seguida contra los Papistas, y su conversion de sustancia y su adoracion, siempre sin decir una palabra contra la doctrina particular del Luteranismo.

Esta fue la causa por que los Luteranos, con arreglo al dictámen de todos sus teólogos, tuvieron la declaracion enviada de Francia por conforme en un todo con la confesion de Ausburgo, á pesar de lo que se decia sobre el artículo 10, porque en sustancia no se decia mas sobre la presencia real, que lo que se decia en aquel artículo.

El artículo de Ausburgo decia que «con el pan y el vino estaban «el cuerpo y la sangre verdaderamente presentes, y se distribuian «verdaderamente á los que tomaban la Cena.» Estos otros dicen: «que la propia carne y la propia sustancia de Jesucristo está verdaderamente presente, y se da verdaderamente con los símbolos, y «bajo las especies visibles,» con lo demás, no menos claro y preciso, que hemos visto; de modo que si se pregunta quiénes expresan con mas fuerza la presencia sustancial, si los Luteranos que la creen, ó los Calvinistas que no la creen, se dirá que los Calvinistas.

LXXXIX.— Los Calvinistas admitieron todos los artículos de la confesion de Ausburgo.

Los demás artículos de la confesion de Ausburgo quedaron admitidos, en el hecho de haber exceptuado solamente el artículo de la Cena; lo que quiere decir, que los Calvinistas, aun los que estaban presos por motivo de su religion, profesaban contra su creencia la necesidad del Bautismo, la amisibilidad de la justicia, la incertidumbre de la predestinacion, el mérito de las buenas obras, y la oracion por los muertos; puntos todos que hemos leído en términos expresos en la confesion de Ausburgo: y hé aquí cómo los mártires de la nueva Reforma destruian con sus equívocos, ó con una desaprobacion formal, la fe por que morian.

XC.— Reflexiones sobre estas tres confesiones de fe.

Así, hemos visto tres lenguajes diferentes de nuestros Calvinistas en tres diferentes profesiones de fe. Con la primera que compusieron para sí solos, trataron al parecer de satisfacerse á sí mismos; suprimieron luego alguna cosa por contentar á los Zuinglianos; y por último supieron añadir, en la necesidad, lo que podia conducir á que los Luteranos les favoreciesen.

XCI.— La conferencia de Poissi; cómo se entabla: no asistió á ella Calvinio, que dejó á Beza este encargo.

Vamos ahora á oír á los Calvinistas explicarse, no ya entre sí, ni con los Zuinglianos ó los Luteranos, sino con los Católicos. Esto sucedió el año de 1561; durante la menor edad de Carlos IX, en la famosa conferencia de Poissi, donde por orden de la reina Catalina de Médicis, madre del Rey y regenta del reino, se reunieron los prelados para conferenciar con los ministros calvinistas, y reformar los abusos que servian de pretexto para la herejía<sup>1</sup>. Como desagradaba mucho en Francia la tardanza que hubo en reunirse el concilio general, tantas veces prometido por los Papas, y las frecuentes interrupciones del que por último habian convoca-

<sup>1</sup> Hosp. ad an. 1561; Bez. Hist. eccl. lib. IV; La Poplin. I. VII; Thuan. lib. XXVIII.

do en Trento; la Reina, engañada por algunos prelados de doctrina sospechosa, cuyo dictámen apoyaba el Canciller de l'Hôpital, gran personaje, y muy celoso de los intereses del Estado, creyó que en una conmocion tan universal podia fácilmente proveer en particular á lo que conviniese en el reino de Francia, sin la autoridad de la Santa Sede y del concilio. Se la hizo creer que una conferencia conciliaria los ánimos, y que las disputas que los dividian se terminarian con mas seguridad por medio de una composicion, que por una decision, de la cual siempre quedaria quejoso uno de los dos partidos. El cardenal Carlos de Lorena, arzobispo de Reims, que despues de haberlo gobernado todo en el reino en tiempo de Francisco II con su hermano Francisco, duque de Guisa, habia conservado siempre una grande consideracion; grande hombre de Estado, de mucho talento, de una viva y agradable elocuencia, y aun sábio para un hombre de su cualidad y de sus empleos, esperó señalarse para con el público entrando en el designio de la Reina. Esto es lo que hizo que se entablase la reunion de Poissi. Los Calvinistas comisionaron para asistir á ella á los sujetos mas hábiles que tenian, excepto Calvinio, que no quiso comparecer; sea que temiese exponer al odio público al jefe de un partido tan odioso, sea que creyese que se conservaba mejor su honor enviando á sus discípulos, y dirigiendo secretamente la asamblea desde Ginebra donde imperaba, que asistiendo él mismo en persona. Tambien es verdad que por lo quebrantado de su salud, y por la violencia de su genio colérico, era menos á propósito para sostenerse en una conferencia que Teodoro de Beza, de una constitucion mas robusta, y mas dueño de sí mismo. Beza, pues, fue el que mas figuró, ó por decir mejor, el único que figuró en esta reunion. Mirábase como el principal discípulo y el íntimo confidente de Calvinio, quien le habia escogido para cooperador de su ministerio y de sus trabajos en Ginebra, donde su Reforma parecia haber hecho el principal asiento. Calvinio le enviaba sus instrucciones, y Beza le daba cuenta de todo, como aparece por las cartas de uno y otro.

XCII.— Materias que se trataron en esta conferencia: su apertura.

No se trató propiamente en esta junta sino de dos puntos de doctrina, el de la Iglesia, y el de la Cena. Estos dos puntos eran el alma del asunto, porque el artículo de la Iglesia se miraba por los Ca-

tólicos como un principio general que trastornaba por los cimientos todas las iglesias nuevas; y entre los artículos particulares sobre que se disputaba, ninguno parecia mas esencial que el de la Cena. El Cardenal de Lorena instaba porque se abriese la conferencia, aunque la mayor parte de los prelados, y especialmente el Cardenal de Tournon, arzobispo de Lyon, que los presidia como cardenal mas antiguo, sentian una extrema repugnancia en que se abriese. Temian con razon que las sutilezas de los ministros, su peligrosa elocuencia con aquel aire de piedad, de que se visten siempre los herejes mas perversos, y mas que todo el atractivo de la novedad, no engañase á los cortesanos, ante quienes se habia de discutir, y sobre todo al Rey y á la Reina, susceptibles, aquel por su poca edad y esta por su curiosidad natural, de toda clase de impresiones, y aun por la desgraciada disposicion del género humano, y por el espíritu que reinaba entonces en la corte, mas bien de malas que de buenas. Pero prevaleció el deseo del Cardenal de Lorena, ayudado por Montluc, obispo de Valencia, y empezó la sesion.

XCIII.— *Arenga del Cardenal de Lorena: confesion de fe de los Calvinistas presentada al Rey en la asamblea. Habla Beza, y se explica mas que lo que él quisiera sobre la ausencia de Jesucristo en la Cena.*

No juzgo necesario copiar la admirable arenga del Cardenal de Lorena, y el aplauso que le mereció; ni tampoco el que recibió Beza, orador de profesion, que ofreció responder en el acto al discurso meditado del Cardenal: pero importa recordar que en esta augusta asamblea presentaron los ministros públicamente al Rey, en nombre de todas las iglesias, su comun profesion de fe, redactada en tiempo de Enrique II, en su primer sínodo celebrado en París<sup>1</sup>, como hemos dicho ya. Beza, que fue el que la presentó, hizo al mismo tiempo su defensa en un largo discurso, en el cual, á pesar de toda su destreza, cayó en un gran desliz. El mismo Beza que, acusado algunos dias antes por el Cardenal de Lorena, delante de la reina Catalina y de toda la corte, de haber escrito en uno de sus libros que Jesucristo no estaba mas bien en la Cena que en el cielo, *non magis in coena quam in coelo*<sup>2</sup>, habia anatematizado esta proposicion como impía, y detestada por todo el partido, sentó otra equivalente en la conferencia, aun delante de toda la Francia; porque hablando

<sup>1</sup> Hist. eccl. de Bez. lib. IV, p. 320. — <sup>2</sup> Epist. Bez. ad Calv. int. ep. Calv. p. 330.

sobre la Cena, dijo en el calor de su discurso, que con respecto al lugar y á la presencia de Jesucristo considerado segun su naturaleza humana, su cuerpo estaba tan distante de la Cena, como lo mas alto de los cielos lo está de la tierra. Al oír esto se estremeció toda la asamblea<sup>1</sup>. Acordábanse todos del horror con que habia hablado de la proposicion que excluía á Jesucristo lo mismo de la Cena que del cielo; y veian que ahora lo aseguraba sin que nadie le estrechase á ello. El murmullo que se oyó por toda la concurrencia demostró cuánto habia disonado una novedad tan extraña. El mismo Beza, admirado de haber dicho tanto, no cesó de importunar á la Reina con súplicas y mas súplicas para que se le permitiese explicarse, alegando que estrechado por el tiempo no habia tenido el suficiente para hacer entender bien su pensamiento delante del Rey. Pero no necesitaba muchas palabras para explicar lo que creía. También podemos asegurar que el sentimiento que tenia Beza no era por no haberse explicado lo bastante; al contrario, lo que le causó á él y á todos los suyos una notoria inquietud, fue, que descubriendo en términos tan precisos el fondo de la creencia del partido sobre la ausencia real de Jesucristo, no habia hecho mas que manifestar sobradamente que esas magníficas palabras de sustancia, y otras de que se valian para conservar alguna idea de la realidad, no eran mas que un engaño.

XCIV.— *Otra explicacion del artículo de la Cena, lleno de palabras confusas.*

De las arengas se pasó bien pronto á las conferencias particulares, principalmente sobre la Cena, en cuyo punto el Obispo de Valencia, y Duval obispo de Seez, á quien una semierudicion, para no hablar de otros motivos, inclinaba secretamente al Calvinismo, solo procuraban, lo mismo que los ministros, encontrar un formulario ambiguo, con el cual sin entrar en el fondo de la cuestion, se contentase de algun modo á unos y á otros.

Las expresiones formales que hemos visto en la profesion de fe que entonces se presentó, eran muy propias para este manejo, pero los ministros la añadieron algunas cosas que conviene no omitir; lo cual sorprende ciertamente; porque, como debian haber hecho el último esfuerzo para explicar bien su doctrina en su profesion de fe, que acababan de presentar á una asamblea tan solemne, parece que pre-

<sup>1</sup> Thuan. 28, 48.

guntados sobre su creencia, no tenían que hacer mas que remitirse á lo que habían dicho en una acta tan auténtica; pero no lo hicieron así, sino que de comun consentimiento propusieron su doctrina de este modo: «Nosotros confesamos la presencia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en su santa Cena, en que nos da verdaderamente la sustancia de su cuerpo y de su sangre por la operación del Espíritu Santo; y que nosotros recibimos y comemos espiritualmente y por fe este mismo verdadero cuerpo que ha sido inmolido por nosotros, para ser hueso de sus huesos y carne de su carne, y para ser vivificados, y recibir todo lo que es útil para nuestra salvación; y porque la fe apoyada en la promesa de Dios hace presentes las cosas recibidas, y toma realmente y de hecho el verdadero cuerpo natural de Nuestro Señor por la virtud del Espíritu Santo, en este sentido creemos y reconocemos la presencia del propio cuerpo y de la propia sangre de Jesucristo en la Cena.» Hé aquí siempre esas grandes frases, esas pomposas expresiones, y esos largos discursos, para no decir nada. Mas con tanto hablar, todavía les pareció que no se habían explicado lo bastante, y muy poco despues añadieron, «que la distancia de los lugares no puede impedir que participemos del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, pues que la Cena de Nuestro Señor es una cosa celestial, y que aunque recibamos en la tierra por la boca el pan y el vino como verdaderos signos del cuerpo y de la sangre, nuestras almas, que se alimentan con ellos, elevadas al cielo por la fe y por la eficacia del Espíritu Santo, disfrutan del cuerpo presente, y de la sangre de Jesucristo; y que así el cuerpo y la sangre están verdaderamente unidos al pan y al vino, pero de un modo sacramental, es decir, no según el lugar, ó la natural posición de los cuerpos, sino en cuanto significan eficazmente que Dios da este cuerpo y esta sangre á los que participan fielmente de los mismos signos, y los reciben verdaderamente por la fe.» ¡Cuánto hablar para decir que los signos del cuerpo y de la sangre recibidos con fe nos unen por medio de esta fe, inspirada por Dios, con el cuerpo y con la sangre que están en el cielo! No se necesitaba decir mas para explicarse con precisión; y eso de disfrutar sustancialmente del cuerpo verdadero y realmente presente, y los demás términos semejantes, solo sirven para mantener la confusión de las ideas en lugar de aclararlas, como se debe hacer en una profesión de fe. Pero en esta sencillez que nosotros pedimos no hubieran hallado los Cristianos lo que deseaban, esto es, la ver-

dadera presencia de Jesucristo en sus dos naturalezas; y privados de esta presencia, hubieran sentido, por decirlo así, un cierto vacío, que en defecto de la cosa misma procuraban llenar los ministros con esa multitud de altas, sonoras y magníficas palabras.

XCV. — *Reflexiones de los Católicos sobre estos discursos vagos y pomposos.*

Los Católicos no entendían nada de este maravilloso lenguaje; solamente conocían que con todas estas frases se intentaba suplir el gran vacío que Beza había dejado en la Cena de los Calvinistas. Toda la fuerza estaba en estas palabras: *La fe hace presentes las cosas prometidas.* Pero á los Católicos les pareció muy vaga esta explicación. Por este medio, decían, el juicio y la resurrección general, y la gloria de los bienaventurados, lo mismo que el fuego de los condenados, estarán para nosotros tan presentes, como nos está presente Jesucristo en la Cena; y si esta presencia por la fe nos hace recibir la sustancia misma de las cosas, nada impide que las almas santas que están en el cielo, reciban desde ahora y antes de la resurrección general la propia sustancia de sus cuerpos, tan verdaderamente como se quiere hacernos recibir aquí, solo por la fe, la propia sustancia del cuerpo de Jesucristo. Porque si la fe hace que las cosas estén tan verdaderamente presentes, que por este medio se posea la sustancia de ellas, ¿cuánto mas la visión beatífica? Pero ¿de qué sirve esta subida de nuestras almas al cielo por la fe, para unirnos con la propia sustancia del cuerpo y de la sangre? ¿Una elevación moral y por afección causa semejantes uniones? ¿Qué sustancia no podemos ocupar de este modo? ¿Quién opera aquí la eficacia del Espíritu Santo? El Espíritu Santo inspira la fe; pero la fe así inspirada, por fuerte que sea, no se une á la sustancia de las cosas, como no se unen los demás pensamientos y las demás afecciones del espíritu. ¿Qué quieren decir estas palabras vagas, que nosotros recibimos de Jesucristo lo que nos es útil, sin declarar lo que es? Si estas palabras del Señor, *La carne nada aprovecha*, se entienden según los ministros, de la verdadera carne de Jesucristo, considerada según su sustancia, ¿por qué tanto ponderar en seguida lo que se asegura que nada aprovecha? ¿Y qué necesidad hay de tanto repetir que se recibe tan realmente la sustancia de la carne y de la sangre? Omitáanse, pues, concluyan los Católicos, todos estos vanos discursos, y á lo menos, cuando se explica la fe, empléense términos propios, sin utilizar tanto.